

No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni se aparte jamás de mí tu santa gracia.

PROPOSITOS.

1. Pocos se salvarán, y es preciso que así sea. Con efecto, si con tales leyes y con tales máximas nos dejara nuestra religion grandes esperanzas de salvarnos, haciendo lo contrario de lo que ella manda, y viviéndose como ordinariamente se vive, ¿qué concepto haríamos de ella? ¿no se reduciría entonces á una pura ceremonia? Pero, gracias á Dios, la primera que condena esta oposicion enorme, es nuestra misma religion. Reprueba la monstruosa desemejanza que se encuentra entre sus máximas y nuestras costumbres; condena ese universal desórden, y aunque sea tan crecido el número de los cristianos cobardes y relajados, no justificará su cobardía ni su relajacion. Corto es el número de los ajustados y de los buenos; procura ser de este número. La muchedumbre se pierde; pues guárdate de mezclarte con la muchedumbre. Aunque toda tu comunidad, aunque todos tus amigos se dispensen en la observancia de las mas santas reglas; aunque fueses tú solo el que las observases, no deliberes un punto en distinguirte de los demás por esta religiosa puntualidad. Tendránte por un impertinente reformador, por un mudo censor de su inobservancia; no importa; déjalos decir; sé fiel y diles con resolucion que, por mucho que se haga por la salvacion, nunca será demasiado.

2. Has de ser sumamente exacto en el cumplimiento de las mas mínimas obligaciones y de las observancias comunes; pero no te has de contentar con ellas solas. Aun en las comunidades mas observantes siembre es corto el número de los fervorosos; aspira al

mismo fervor, é imponte una ley de que te cuenten entre ellos; sin olvidarte de las mas esenciales, practica con perseverancia las de supererogacion. Frecuenta los sacramentos; confiéstate muy á menudo, y aliméntate con el pan de los fuertes en esta vida enemiga; conserva inalterablemente la gracia; ten una extrema delicadeza de conciencia; cumple con puntualidad todos los deberes de tu estado; no te descuides en el ejercicio de las buenas obras. Haz limosna, sean todas tus oraciones acompañadas de espíritu y de devocion; profésasela muy tierna y muy afectuosa á la santísima Virgen, persuadido á que esta devocion es una de las señales menos equívocas de predestinacion. Visita con mucha frecuencia al Santísimo Sacramento, y pon en él toda tu confianza. No hay condicion, no hay estado, en que no se puedan hacer todos estos ejercicios; y ellos son un medio muy seguro para ser contado en el corto número de los que se salvan.

DIA TRECE.

SANTA RADEGUNDIS, REINA DE FRANCIA.

Santa Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de santa, que por el título de reina de Francia, fué hija de Bertario, rey de Turingia, y nació al principio del sexto siglo. Estando para morir su abuelo Basin, rey de Turingia, dejó repartidos sus estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los Godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual, deseosa

de reinar sola, indujo al rey su marido á que se deshiciese de sus hermanos. Comenzó por Bertario, padre de Radegundis, á quien hizo asesinar, y declaró la guerra al otro hermano Baderico. No considerándose con bastantes fuerzas, pidió socorro á Tierri, rey de Francia en Austrasia, ofreciéndole repartir con él los estados de Turingia, si lograba despojar de ellos á Baderico. En virtud de este tratado, entró Tierri con su ejército por la Turingia. Fué derrotado Baderico; pero Hermenfrido no quiso hablar de repartimiento. Ofendido Tierri de la mala fe, resolvió tomar venganza; y coligado con su hermano Clotario, rey de Soisons, entró con él por la Turingia. Fué vencido Hermenfrido, y perdió la vida con sus estados. Quedó el país á merced de los vencedores, que se volvieron á Francia cargados de despojos y de prisioneros. Entre estos fué una la tierna princesa Radegundis, sobrina de Hermenfrido, ó hija del rey Bertario. Contaba solos diez años, y era de tan extremada hermosura y de tan raro ingenio, que Clotario cedió á Tierri todo lo que le tocaba en el despojo, solo con que le dejase á la princesa Radegundis. Mandóla llevar al castillo de Aties en el Vermandois, donde la hizo educar como correspondia á su condicion, dándole maestros que le enseñasen las artes y las bellas letras.

Hizo en ellas maravillosos progresos la princesa; pero donde mas se adelanté fué en la ciencia de los santos. Algunos escribieron que su primera educacion fué en el gentilismo; pero que, luego que oyó hablar de los misterios de nuestra religion, pidió el bautismo. Lo que no tiene duda es que desde luego mostró Radegundis estar prevenida con las mas dulces bendiciones del Señor. La modestia añadía nuevo resplandor á la hermosura; sobresalía en todo su devocion; era su bella pasion la caridad con los po-

bres; sus deheias eran la oracion; y en fin, parecia haber nacido con todas las virtudes cristianas. En la lectura de libros devotos aprendió muy presto todos los secretos de la perfeccion, y la gracia le inspiró el deseo de practicarlos. Desde los once años comenzó á macerar su delicado cuerpo con frecuentes ayunos y con instrumentos de penitencia. Sobre todo, la virginidad era para ella de maravilloso atractivo; y desde entonces resolvió no admitir jamás á otro esposo que á Jesucristo, especialmente cuando supo que este Señor habia escogido para madre suya á una purísima doncella. Cercenaba de su comida los platos mas exquisitos que le servian á la mesa, para repartirlos despues por sus mismas manos entre muchas niñas pobres que sustentaba.

Encendida en amor de Jesucristo, tenia grande envidia á los mártires por la dicha de haber derramado su sangre en defensa de la fe, y no podia disimular sus fervorosas ansias por la corona del martirio. Parece que atendió Dios á esta su vehemente inclinacion, disponiéndole dentro de su misma casa una nueva especie de persecucion, y permitiendo que sus mismos criados ejercitasen extraordinariamente su paciencia. No les gustaba aquel desprecio que hacia de las diversiones del mundo y de todo lo demás que tanto lisonjea el gusto de las princesas de su elevacion. No podian sufrir tanta modestia en el traje, tanta oracion ni tanto amor al retiro. Molestábanla cruelmente en todas ocasiones, y á las reprobaciones mas descompuestas se añadian siempre indecentes tratamientos. Rebosaba de alegría la tierna princesa viendo que se le ofrecian tantas ocasiones de padecer, y jamás se la oyó exhalar la menor queja. Pero al mismo tiempo metian mucho ruido tantas bellas prendas como la adornaban. No se hablaba de otra cosa en la corte que de la hermosura, de la

virtud y del extraordinario mérito de la princesa. Movido Clotario de lo que oía, quiso ir á verla, y quedó tan prendado de ella, que resolvió tomarla por esposa, aunque era todavía muy niña.

Esta gran boda, en lugar de llenarla de gozo, le causó grande afliccion. Crecia su virtud con los años, y con la virtud crecía la estimacion y el amor á la virginidad. Mas quería ser virgen, que ser reina de Francia; y así la sobresaltó mucho esta proposicion. Pero no era fácil resistir á un príncipe que se había hecho dueño de su libertad por el derecho de las armas. Quiso huir, pero fué descubierta por los mismos confidentes de su fuga. Cogiéronla, lleváronla al rey, que se casó solemnemente con ella.

Quedaron con esto desconcertadas sus ideas; pero no por eso se desconcertó su virtud. Persuadióse á que podía ser esposa de Jesucristo, al mismo tiempo que á los ojos del mundo lo fuese también de un monarca de la tierra. No la deslumbró el resplandor de la corona; preciábase más de cristiana que de reina, y este augusto título jamás la hizo olvidar el de humilde sierva de Dios. Enemiga de toda profanidad, nunca se mostraba más modesta que cuando cumplía con la obligacion de parecer magnífica; y se solía decir en palacio que el único modo de hacer la corte á la reina era ser devoto.

Prosiguió con sus piadosos ejercicios, sin que se los desconcertase el trono ni la elevacion. La única ventaja que hallaba en la nueva grandeza era el proporcionarle más medios con que hacer bien á los pobres. La mayor partida del gasto era la de las limosnas. Visitaba todos los días á los pobres enfermos; dábanle más gusto los más asquerosos; hacía les las camas, curaba les las heridas, y no permitía les faltase nada de lo que habian menester. En no encontrando á la reina en los hospitales, seguramente se la hallaría

en la iglesia ó en su oratorio. No bastando el día para sus devociones, empleaba regularmente en oracion una parte de la noche. Ni el rigor del invierno era bastante para resfriar su fervor. No contenta con sustentar cada día un prodigioso número de pobres, eran pocos los religiosos que no tuviesen parte en su caridad. Fundó un hospital en el castillo de Aties, donde había sido criada, y enriqueció muchos monasterios con preciosos dones de su liberalidad.

Lo más admirable de la jóven y delicada princesa era el rigor con que maceraba su carne en medio de las delicias de la corte. Llevaba ordinariamente un áspero cilicio debajo de las vestiduras reales, sobre todo en los días de ceremonia. Observaba todos los ayunos de la Iglesia con rigor poco acostumbrado aun en los monasterios más estrechos. En ellos solo comía una vez al día, y de un solo plato. Viéndose precisada á hallarse presente á las fiestas públicas, nunca lo hacía sin algun preservativo, conociendo bien su peligro. Valiase de mil ingeniosas industrias para quitar el gusto á las diversiones más inocentes, y para encontrar en todo materia de mortificacion.

Como amaba tanto la cruz, no podía privarse de ella por mucho tiempo. Padeciolas muy amargas, y tanto, que con razon le merecieron el título de esposa de Cristo crucificado. Al principio del matrimonio mostró el rey aprobar mucho sus devociones; tenía tan alto concepto de su virtud, que no se la pudieron hacer mudar los cortesanos, llenos del espíritu del mundo, é incomodados con tanta santidad, por más que hicieron para desacreditar á la reina. Amábala mucho, y aunque su vida era desordenada, no podía menos de estimar tan raro mérito. Pero como la de la reina era tan pura, y se conformaba tan poco con ella la licenciosa que hacían las damas de la corte, la consideraban como una muda censura de sus desor-

denes, y se las hacian intolerables tan virtuosos ejemplos. Valiéronse de las especies mas feas que pudo fingir la malignidad, y de las mas sangrientas que pudo inventar la sátira para hacer odiosa y despreciable á la virtuosa princesa. Sugerian continuamente al rey que los modales bajos, abatidos y demasiadamente cristianos de Radegundis deslucian mucho á la majestad; que mas á propósito parecia para servir en un hospital, que para ser respetada desde el trono; y en fin, que todos le censuraban de que se habia casado con una beata mas que con una reina. Interpretaban mal sus crecidas limosnas, y pintaban como delito su excesiva caridad. Su modestia las ponía de muy mal humor, y la censuraban de que, en trayéndole alguna tela preciosa, al punto la destinaba para los altares. Acusábanla, en fin, de que intentaba convertir el palacio en convento, introduciendo en él algunas devociones, que solo podian ser tolerables en los claustros. Como Clotario no era devoto y estaba tan entregado á sus pasiones, no podia hacerse sordo por mucho tiempo á los gritos de la maledicencia. Conoció presto la santa reina que hacian impresion en el corazon y en el ánimo del rey las murmuraciones de los cortesanos, en medio de ser tan malignas como injustas. Ya no la miraba con los mismos ojos que antes, ni la trataba con el mismo respeto cariñoso; prorumpia muchas veces en quejas, y no pocas en agrias reprensiones. A la tibieza se siguió el disgusto, y tras de este luego entró el desprecio. No se puede explicar lo mucho que tuvo que sufrir la santa reina, no solo del rey, sino tambien de los cortesanos; pero singularmente por parte de las damas de palacio, á quienes no gustaba tanta regularidad en la reina, y deseaban agradar al rey mas de lo que fuera justo.

Habia conservado siempre nuestra santa una grande inclinacion al retiró. No era, á la verdad, la corte

su elemento, y suspiraba continuamente por la soledad. Como no habia tenido sucesion, le pareció que la indiferencia del rey le facilitaria el permiso para retirarse á algun monasterio; se acabó de determinar á esta resolucion por un funesto incidente que sucedió en este tiempo, y fué la muerte de un hermano suyo, á quien Clotario mandó quitar la vida para asegurarse mas de la corona de Turingia. Pidió licencia para retirarse de la corte, y la consiguió. Partió en derechura á verse con san Medardo, obispo de Noyon, y declarándole su intento de hacerse religiosa, le pidió le echase el velo. Resistióse el santo temiendo ofender al rey; pero la reina se metió intrépidamente en la sacristia de la iglesia donde se hallaba; cortóse el cabello y echóse á sí misma el velo. Presentóse despues al santo prelado, que estaba delante del altar, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no le dilatase el consuelo de consagrarla al servicio de Jesucristo, el cual le habia hecho la gran merced de escogerla para esposa suya. Prendado el santo de aquella resolucion, la consagró á Dios como la santa lo deseaba, y aun la hizo diaconisa. Luego que Radegundis recibió el hábito monacal, pasó á visitar el sepulcro de san Martin, á quien profesaba mucha devocion. De Tours se encaminó á Canda, donde el santo habia muerto, y desde allí se retiró á Sais, tierra que el rey le habia cedido. En Sais tuvo noticia de que Clotario pensaba volverla á llamar; acudió á Dios con fervorosas oraciones y con rigorosas penitencias, por cuyo medio se conjuró aquella tempestad. Desde Sais pasó á Chinon para encomendarse á las oraciones de cierto santo solitario y recluso, llamado Juan, y despues se fué á establecer en Poitiers, donde fijó su habitacion. Fundó con licencia del rey, y con beneplácito de san Pienzo, obispo de Poitiers, el monasterio de Santa Cruz, que es hoy uno de los mas célebres de todo el reino. A la fama de nuestra

santa acudieron muchas doncellas de todas partes. Valióse de la autoridad de reina y del título de fundadora para excluirse para siempre de toda especie de superioridad. Hizo nombrar por abadesa á una doncella llamada Inés, que habia sido dama suya; púsose debajo de su direccion, y olvidada de haber sido reina de Francia, no admitió otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo.

Por muerte de Childeberto, hermano de Clotario, se reunió en este todo el poder de la monarquía francesa; y volviendo á encenderse en su corazón el amor que habia profesado á Radegundis, arrepentido de haber consentido en su retiro, determinó volverla al trono y á la corte. Con este intento, fingió tener devoción de pasar á Tours á visitar el sepulcro de san Martín, para dejarse despues caer en Poitiers y apoderarse de la santa reina. Noticiosa de todo nuestra santa, acudió á sus ordinarias defensas, la oracion, el ayuno y las penitencias, para conseguir de Dios que mudase el ánimo de Clotario. Alcanzólo, y san German, obispo de París, que acompañaba al rey, la hizo mudar de resolucion. Pasó á Poitiers el santo prelado, bendijo á la abadesa, y aseguró á Radegundis que ya no la volveria á inquietar el rey acerca del estado que habia abrazado.

Tranquila ya en su retiro, no puso límites á su fervor. Desprendióse de todo cuanto habia poseido, sin reservarse cosa alguna. Sus penitencias espantaban á las mas robustas; traía un cilicio que parecia erizo con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino, sin embargo de ser permitido á las monjas; su ayuno era casi continuo; su alimento ordinario un poco de pan de centeno, y aun de este se privaba los dias de ayuno, sustentándose entonces de raices crudas; su cama era una estera extendida sobre unas tablas, y su sueño nunca pasaba de dos

horas. No pareciéndole bastante el cilicio para macerar su cuerpo, se apretaba fuertemente á la cintura una cadenilla sembrada de puntas de alambre, que, hinchada la carne, se metian dentro de ella, y fué menester hacerle una dolorosa incision para arrancársela.

Su insaciable deseo de mortificarse crecia al paso que su amor á Cristo crucificado. No podia ver la imagen de un crucifijo sin llenarse de una santa envidia de los mártires, con deseo de padecer todos los tormentos que ellos padecieron; ni hubo jamás aimas ingeniosas en discurrir arbitrios para afligirse y para macerarse. Despues de haber no solo embotado, sino como deshecho en su cuerpo todos los instrumentos de mortificacion, se le ofreció tostar sus delicadas carnes, aplicándose á ellas una cruz de hierro encendido y una plancha de cobre penetrada del fuego. El célebre Venancio Fortunato, que conoció á la santa, y le da tan magníficos elogios, asegura que sus penitencias eran otros tantos milagros.

Es verdad que la suavizaban las dulzuras inefables de los celestiales consuelos que derramaba Dios abundantemente sobre su purísima alma en las íntimas comunicaciones que tenia con su Majestad. Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. No permitia que otra alguna barriese la casa, y no solo era enfermera de sus hermanas, sino que parecia criada de las enfermas. A ningun oficio bajo y humilde se negaba, y solo en los ejercicios mas abatidos y mas viles mostraba no sé qué aire de majestad y de reina.

Con el ansia que floreciese mas y mas la vida religiosa en su comunidad, emprendió el viaje de Arlés para recibir de mano de su arzobispo san Cesareo la regla que acababa de establecer en el monasterio de su hermana santa Cesarea. Introdújola en su comu-

nidad de Poitiers, la que enriqueció también con muchas reliquias, singularmente con un buen pedazo de la misma cruz del Salvador, con que la regaló Justino, emperador de Constantinopla.

Ya había mucho tiempo que las grandes penitencias de nuestra santa tenían quebrantada su salud, cuando el Señor quiso, en fin, premiar una vida tan pura y tan penitente. Apareciósele visiblemente Jesucristo estando en oración, y colmándola de aquellas dulzuras inefables, que son como una prueba ó destello de los gozos de la gloria, le dió á entender que estaba muy cercana su muerte. Por la extraordinaria alegría que mostraba en su semblante se conoció la que dilatava su corazón; y aunque la enfermedad que le sobrevino parecia lijera, desde luego se temió todo lo que se podia temer. Solamente la enferma estaba tranquila; mandó que le administrasen los sacramentos, que recibió con aquella devoción propia de las almas extraordinariamente santas. No apartó mas los ojos de un divino crucifijo, y todas sus palabras mostraban su ardiente amor al divino Esposo crucificado. En fin, el día 13 de agosto del año 587, entre las lágrimas y los gemidos de sus queridas hijas, aquella alma inocente fué á recibir en el cielo el digno premio de sus ilustres virtudes, siendo de edad de sesenta y seis años, á los cuarenta de su vida monástica.

Luego que tuvo noticia de su muerte san Gregorio, obispo de Tours, que la trató muy particularmente y dejó escrita la mayor parte de su vida, pasó á Poitiers, y en ausencia de Morovio, obispo de aquella ciudad, cuidó de los funerales. Fué enterrada con grande solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora, que ella misma había hecho edificar para entierro de sus religiosas; y asegura el mismo san Gregorio Turonense que la halló en el féretro con un semblante

tan hermoso y tan resplandeciente, que parecia estar viva; y añade que doscientas religiosas que componian entonces aquella ilustre comunidad, rodeaban el santo cuerpo, y acompañaban con un torrente de lágrimas los funerales que le hacian. Por los milagros que obró en vida y por los que se obraron sin cesar en su sepultura, fué muy presto honrada con el culto de los santos. Una persona de distincion que había recobrado la vista por intercesion de la santa hizo edificar una iglesia dedicada á su nombre en memoria de su reconocimiento. Sus santas reliquias se salvaron del pillaje de los Normandos; pero no se pudieron librar del furor ni de la impiedad de los Hugonotes, que las quemaron con todas las demás el año de 1562.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Hipólito, mártir, quien, por haber confesado la fe bajo el emperador Valeriano, despues de muchos tormentos, fué atado por los piés al cuello de caballos bravos, que le arrastraron cruelmente por cardos y abrojos, en cuyo terrible suplicio rindió el alma al Criador. Con él padecieron igualmente el mismo día santa Concordia, su nodriza, que murió antes que él, con el cuerpo acardenalado de plumas, y otros diez y nueve de su casa, que fueron decapitados fuera de la puerta Tiburtina y enterrados con él en el campo Verano.

En Imola, la fiesta de san Casiano, mártir, que, habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, vió á su perseguidor llamar á los niños de la escuela, que, con ser su maestro, le aborrecian, y concederles la libertad de matarle; y su tormento fué tanto mas cruel, cuanto mas débiles eran las manos que le martirizaban.

En Todi, san Casiano, obispo y mártir bajo el emperador Diocleciano.

En Burgos en España, santa Centola y santa Helena, mártires.

En Constantinopla, san Máximo, monje, ilustre por su doctrina y zelo en favor de la fe católica, que, disputando con energía contra los monotelitas, perdió las manos y la lengua de orden del hereje emperador Constante, muriendo por último desterrado en el Quersoneso. Por el mismo tiempo tambien, dos de sus discípulos llamados Anastasio, y otros muchos, fueron atormentados de diferentes maneras y cruelmente desterrados.

En Alemania, san Wigüberto, presbítero y confesor.

En Poitiers, santa Radegundis, reina, esclarecida en milagros y virtudes.

Cerca de Vivonné en el Poitou, san Juniano, recluso, luego abad, el cual fué enterrado en Mairé-l'Eveseau.

En Evreux, san Lulo, obispo.

En Elvang, en Suabia, san Hariolfo, obispo de Langres, que fué uno de los doce santos obispos de Francia que asistieron al concilio de Latran contra los iconoclastas bajo el papa Estéban IV.

En Baugé en Anjou, la venerable Ana de Melun, hija de Guillermo, príncipe de Epinoy, fundadora de las hospitalarias de aquella ciudad.

En Milan, el natalicio de san Simpliciano.

En Inglaterra, san Higuebaldo, abad.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente :

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut, sicut de beatæ Radegundis festivitate gaudemus,

Escúchanos, ó Dios Salvador nuestro, y haz que la alegría que nos causa la festivi-

ita piæ devotiois erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

dad de la bienaventurada Radegundis sea acompañada de una verdadera devocion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 3 de Isaías

Dixit Dominus: Pro eo quod elevata sunt filie Sion: et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant, et plaudebant, ambulabant pedibus suis, et composito gradu incedebant: decalvabit Dominus verticem filiarum Sion, et Dominus eruem earum nudabit. In die illa auferet Dominus ornamentum calceamentorum, et lunulas, et torques, et monilia, et armillas, et mitras, et discriminalia, et periscelidas, et murenulas, et olfactoriola, et innaures, et anulos, et gemmas in fronte pendentes, et mutatoria, et palliola, et linteamina, et acus, et specula, et sindones, et vittas, et theristra. Et erit pro suavi odore fætor, et pro zona funiculus, et pro crispanti erime calvitium, et pro fascia pectorali cilicium.

Dijo el Señor: Porque las hijas de Sion se han ensoberbecido, y anduvieron con el cuello erguido, iban haciendo señas con los ojos, y se señoreaban, y caminaban jugueteando con sus piés, y andaban con pasos contados: pondrá el Señor calvas las cabezas de las hijas de Sion, y el Señor las despojará de los cabellos. En aquel dia quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunillas, y los collares, y las joyas, y los brazaletes, y las mitras, y las coronas, y el adorno de las piernas, y las cadenillas, y las bellotas de olor, y los pendientes, y los anillos, y las piedras preciosas pendientes sobre la frente, y los vestidos, y las manteletas, y los pañuelos, y las agujas, y los espejos, y las sábanas, y las cintas y los vestidos de verano. Y en vez del olor suave tendrán hedor, y por ceñidor un cordel, y en lugar de cabellos encrespados la calva, y en lugar de la banda pectoral un cilicio.

NOTA.

» Siempre fué tenido en la Iglesia el profeta Isaías por uno de los profetas mas llenos del espíritu de Dios.